

tenía absorbidos sus trabajos por la organización de los actos para regalar una imagen de la Virgen de Guadalupe extremeña al Santuario mexicano del Tepeyac, y estaba abierta la suscripción para sufragar el importe de la talla de la imagen, se estimaba conveniente, de momento, no interferir el asunto de la escultura de San Pedro de Alcántara hasta que no se rematase la otra tarea.

Pero es el caso que la suscripción para abonar la imagen de la Virgencita de las Villuercas, cubre el montante presupuestado, y por tanto no existe ya inconveniente para que se reavive de una vez y decididamente, el homenaje del que nos venimos haciendo eco, y debe ser amplio, es decir, que en él debe colaborar toda Extremadura, y para lograrlo es preciso ir rápidamente a la constitución de las Comisiones que apuntamos y que deben ser reflejo, en su representación, de la amplitud y extensión que deseamos informe al homenaje. La Asociación de Amigos de Guadalupe tiene la palabra, pues a ella se encomendó la función de estar alerta, y es de esperar que al comenzar el ciclo de actividades post-estivales, se acometa de una

vez el encauzamiento de este asunto que va pasando ya de castaño a obscuro.

III ASAMBLEA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS

En el número 41 de nuestra revista, correspondiente al mes de Marzo de este año, acogimos sin alharacas la noticia de que se pensaban proseguir las reuniones que con tanto éxito se celebraron en Badajoz y en Cáceres, por lo que el turno correspondía, otra vez ahora, a la ciudad pacense, en la que precisamente recogimos de autorizados labios el anuncio de la celebración en este otoño de la III Asamblea, y hasta se nos indicó que el temario de los trabajos se cifraría alrededor de los Reyes Católicos; pero los meses han pasado y nada se ha vuelto a decir del asunto. El tiempo que resta hasta el próximo otoño es corto, y habrá que actuar con mucha prisa si se quiere que la nueva Asamblea conserve la altura y densidad que han distinguido a las dos precedentes, ya que en otro supuesto mejor sería aplazar la reunión hasta la primavera del año próximo.

CURIO O'XILLO



PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

RECENSIONES

CAIRELES AL SOL, versos de Antonio Zoido Díaz (Madrid, 1951).

Cuando cogen nuestras manos un libro de versos, quisiéramos que nada nos obligase a caer en la cuenta de que estamos cumpliendo una desagradable tarea. Por lo que a mí respecta, ante el poeta me presento siempre inerme. Mi propósito es entregarme tan enteramente a su fantasía, que me hace feliz el que, hurtándome a la realidad, me deja en suspenso, sin tiempo ni espacio, cuanto el libro dura. Pero esta plenitud—doloroso es confesarlo—la alcanzo pocas veces.

Sin saber nada de cosas taurinas, el título de este libro de Antonio Zoido me ha sonado como un cascabeleo en tarde de fiesta. Ese momento en que los no asiduos a los toros luchamos con nosotros mismos para convencernos de que sería una necedad ir a no enterarnos de nada, porque todo, desde nuestro interior, algo nos empuja a unirnos a aquel alborozo del pueblo. Y como no sabiendo nada de toros no iba a dejarme engañar por la sabiduría de los lances que me describieran, me dispuse a saborear todo lo que de fantástico—y fantasioso—hubiera tras la portada, comenzando por el prólogo de Sassone. El que la poesía estuviese concretamente dirigida hacia un tema ya le prestaba calor de humanidad. No iba a tener que vérmelas con angustias metafísicas ni psíquicos retorcimientos. Miel sobre hojuelas.

Pero he aquí que... Bueno, primero que todo; una confesión: hay que ser indulgentes con los poetas. Ellos nos citan a su mundo de fantasía, y si acudimos a la cita es voluntariamente. Nada nos coacciona a aceptarles, y si no logran prendernos en su encanto más pierden ellos. Pero es en este punto de no querer confesar nuestro desencanto y si querer señalarles aquellos pinchazos por donde se escapa el aire a su globo de ilusión donde hemos puesto nuestro deber. Y a eso vamos.

Caireles al sol es un bello libro en el que, venciendo a la uniformidad del tema, si bien el tema es amplio, el poeta da muestras de plena consecución en su propósito. Entregado en su mayor extensión al romance, ha sabido sacarle mucho jugo en su variedad de metros. Pero, princi-

palmente, allí donde lo cuaja octosílabo y le baila la música por profusión de asonancias, como en

¡Eso es hacer el paseo
con «aquél», y cuento, y canto!
¡Más barata está la sal
que en la Isla de San Fernando!

que pertenece, por lo demás, al más bello y gracioso romance del libro, aquel que dedica al toreo gitano.

Y no es sólo en este metro y esta rima donde Zoido Díaz alcanza belleza, sino que las metáforas, suaves unas, arriscadas y saltarinas otras, como si huieran de entre los cuernos de los toros que retrata, brotan por doquier.

Pero, junto a esto, es una pena que no se haya detenido a repasar, y recortar, los muchísimos versos con una sílaba de más, a evitar asonancias en versos impares de los romances, a deshacer rimas consonantes cuando solamente deberían ir asonantadas, a completar otros versos que se le quedan cortos, obligándonos a leer *Luis* (así, con acento), o a descomponer *relieve* en cuatro sílabas para que el verso alcance las que necesita.

A veces, también, llega a asonancias muy dudosas, como en

Lucen diademas bicornes
maharajás en sus dominios.
¡Que nadie a turbar se atreva
el goce paradisiaco
de las fieras, olvidadas
de su codicia y su ímpetu!

Otras se le enreda la rima de tal manera que no se sabe cual es la dominante, si se olvida la que antecede y no se conoce la que sigue:

Manolito «Bienvenida»
era el doncel que ceñía
la diadema de la gracia,
y en trono de simpatía
con su sonrisa mandaba
y con su ángel se imponía,
sobre el peligro, en la plaza,
su don de sabiduría,
y a las ardientes miradas,
veladas por la mantilla...

También, con bastante frecuencia, cambia de asonancia en mitad de un ro-

mance—en algunos, incluso, lo ha hecho dos veces—, con giro injustificado, pues se sigue, por lo demás, el mismo razonamiento.

En los sonetos—que son magníficos—rima con harta frecuencia singular con plural, y hasta en alguno—«La cogida», concretamente—se ha hecho fatigoso empleando dos solas consonancias para cuartetos y tercetos.

Todo ello, si ustedes quieren, sin importancia junto a las bellezas que el libro ofrece, pero que la manchan y perjudican. Y que nosotros sensibles a esa belleza, denunciamos para que en otra ocasión el autor, si quiere lo corrija.

CÁSTULO CARRASCO



ROSAS Y ESPIGAS, versos de *Araceli Spinola de Gironza* (Madrid, 1950).

En un breve—y leve—tomito ha recogido esta escritora pacense hasta un centenar de entrañables poemas en los que va dejando su exquisito sentir de mujer amorosamente abierta a todo palpar humano.

Con la sencillez de quien nos habla como al oído, nos aconseja o se compadece con nosotros, va diciéndonos su afición por las cosas.

Más que primaveras amo otoños saturados de nostálgica añoranza; antes que a tangibles realidades, abro mi corazón... a la esperanza.

Y así es, dejándonos como un dulce perfume de bondades y sueños cuando cerramos el libro.

C. C.



BIBLIOGRAFÍA DE EXTREMADURA, por *Domingo Sánchez Loto* (Cáceres, 1951).

Algo que angustia a los eruditos, historiadores y demás hombres de letras que hayan de escribir apoyándose en referencias o citas, es el hecho de tener que interrumpir constantemente sus lecturas para tomar apuntes que, en la mayoría de los casos, o se extravían o son tan concisos que, transcurrido el tiempo y olvidada la materia, nada dicen.

No es fama de los que manejan la pluma el ser muy ordenados, y si mal se or-

dena lo material, a lo que sólo se lleva aquello que se cree más interesante, peor ha de catalogarse en la memoria, por la que tantas cosas pasan, la cita que, en un determinado momento, ha de hacer falta. Y no hay entonces sino el salirse por la tangente, con una pirueta que puede ser graciosa y despreocupada, pero que denuncia desorden o pocas ganas de molestarse, y citar de memoria, con alusión tal vez equivocada o libérrima interpretación, y colocar el «como dijo alguien»...

Por ello es siempre de inestimable valor un fichero bien ordenado o un catálogo en el que, al par que la enumeración de materias, se contenga la signatura del texto en que ha de hallarse aquello que de momento se necesita.

Y esto, con vistas a facilitar cuantos antecedentes sean necesarios para los que, por vocación o entretenimiento, hayan de orientar sus actividades hacia un recuento de las cosas—hechos e ideas—de Extremadura, es lo que ha emprendido, con indudable acierto, el Sr. Sánchez Loro.

En un cuaderno—el primero de los que componen la Biblioteca Extremeña, de las Publicaciones del Departamento Provincial de Seminarios de F. E. T. y de las J. O. N. S.—ha recogido, luego de un concienzudo ensayo en el que se explica el propósito y se aportan ideas para futuras realizaciones, mil fichas dispuestas por orden alfabético de autores y materias y correlativa numeración, en las que, tras la enunciación y carácter del libro, folleto o artículo que registran, hay la correspondiente signatura y localización del trabajo. Labor que supone un apreciable derroche de paciencia y tiempo, y que, si en apariencia baladí para los no demasiado amantes de los papeles, ha de comprobarse de cuanta ayuda y provecho para los que se inquieten por cuanto hicieron, dijeron o pensaron los hijos de Extremadura.

C. C.



CALLE DE ECHEGARAY, (Novela de *Marcial Suárez*).

«Calle de Echegaray» es un libro escrito con fe y amor... y más cosas. Entre otras, una novela. Por estar concebido como novela, y resuelto como novela—lo que no siempre, ni mucho menos, ocurre. Si a esto se añade que «Calle de Echegaray» es una buena novela, el elogio—

en estos tiempos de «novelas cuento», «novelas psicoanálisis»—nos parece suficientemente digno de respeto.

El autor es un mozo gallego, y de bien.

Los personajes, limpios y, dentro de lo que cabe, puros. Marcial Suárez los ha visto sin afectación, con una mirada tierna en la que resplandece la honradez.

La novela tenía un peligro: el humor. Pero ese peligro también ha sido salvado. Marcial Suárez ha tenido la habilidad de no utilizarlo como un corrosivo, sino—caritativamente—como un bálsamo, como una virtud. Porque el humor de Marcial Suárez es un humor de buena sangre, no de mala entraña. No se ríe con él o por él de sus personajes: se compadece de ellos. Y esto—fiel a su papel de autor—sin tomar partido por uno o por otro; esto con una pasión objetiva—valga la frase—de la mejor especie literaria.

Acaso una objeción podría hacerse al autor, con «Calle de Echegaray» a la vista: No haber ahondado más en los tipos, no haberse detenido con más calma en el pequeño mundo de esa calle madrileña, tan castiza, que da nombre a su novela. Hay un momento en que la lectura nos sabe a poco, y sentimos no poder proseguirla porque la historia se ha acabado. Pero si esto es una objeción, bien sabe Dios que es una de las que quisiéramos que nos fueran hechas cuando alguna vez—cosa cada día menos probable—nos decidamos a publicar un libro...

FERNANDEZ FIGUEROA



EXPEDICIÓN CORTESIANA A LAS MOLUCAS, 1527, por *Luis Romero Solano*. Prólogo de *Federico Gómez de Orozco*. Publicaciones de la *Sociedad de Estudios Cortesianos*. Editorial Jus. Méjico, 1950. 315 pp., mas diez reproducciones fotográficas.

Sabida y resabida es la costumbre que tenía Enrique Beyle de leer unos cuantos artículos del código civil francés siempre que se ponía a escribir. A imitación suya yo suelo hacer también mi cura literaria. Más que cura es purga. Antes de comenzar una de estas cosillas, que no sé si tienen algo de crítica ni me importa mucho averiguarlo, pues es una necesidad que siento al terminar la lectura de algunos trabajos, suelo recorrer, siempre que puedo, y con atención creciente

cada día, un famoso ensayo del inmenso Unamuno *sobre la erudición y la crítica*. Este repaso previo me drena un poco el hígado y me lava y aclara un mucho el cerebro. En pocas palabras, me previene contra la crítica artificiosa y engolada, a la par que me poda y me rapiza la cabeza de toda esa maraña de ideas y conceptos previos, moldes en los cuales quisiéramos encajar cuanto leemos.

Todo esto viene a cuento de haber terminado la lectura de un libro nuevo y viejo y por añadidura extremeño. De Méjico, y por el arco tenso del afecto, llegó un buen día envuelto en un formato manejable, de limpio y claro texto. Se trata de un libro erudito en el que se han cumplido todas las exigencias del género: prólogo alentador y entusiasta de un santón de la historiografía mejicana; introducción sólidamente apoyada sobre copiosas notas en pie de página; numerosa documentación transcrita con meticulosidad de miniaturista; larga letanía bibliográfica, amén de una pródiga relación onomástica. Y si fuera poco, ocho documentos se reproducen en facsímiles perfectamente legibles. Es pues, un libro, que colmará con creces al crítico o erudito más exigente.

Sin embargo, todos los méritos de esta clase de trabajos, son los que menos me importan en el de Romero Solano, objeto hoy de nuestro comentario. Lo que más me interesa son los botones humanos, que entre el farrago de fechas, hechos y datos aparecen en la introducción de vez en cuando. Suelen ser breves, fugaces, rápidos. Se limitan, por lo general, a una apreciación, un juicio o un comentario. Tras leerlos, y como si estuviera presenciando una exhibición de esgrima, no puedo por menos de exclamar: ¡tocado! Cuando tropiezo con uno de estos aciertos, suelo rodearlo de un festón colorado, que viene a ser así como la cerca que acredita la propiedad de un pensamiento afortunado. En plena página, estos cercados literarios, que mi lápiz rojo se complace en ir trazando, y que no prodiga tanto como mi egoísmo de lector quisiera encontrarlos, tienen para mí efectos contrarios al de esas palabras abstrusas, en que, según Fernández Flórez, todo el mundo tropieza al recorrer el escrito donde se encuentran, jugando el mismo papel que un baldosín levantado en un pavimento de mosaicos. Por el contrario, estas parcelas del pensamiento, que yo acoto en las páginas de los libros que voy leyendo, son siempre islotas de referencia para el regusto de una

lectura postrera, pues a veces en un pensamiento se condensa una teoría completa, una idea cardinal o una creencia con atisbos geniales que la hacen ubérrima. Y no es que Romero Solano haya escrito algo extraño o nuevo sobre el conquistador de Méjico. Ni que intente tampoco un ensayo psicológico. Es, simplemente, que le trata con una familiaridad casi paisana, apeándole del trampolín de la leyenda y de la fama, y haciéndole perder su apostura mayestática. Su interpretación es, pues, sencilla, cordial, humana, comprensiva, propicia y acta para las resonancias íntimas, las tuyas, lector, y las mías. Porque yo busco en los libros y en toda creación artística, algo que me escarabaje el alma, que me remueva un poco los posos de la conciencia, que me inquiete el *estar* de la rutina y la pereza.

Hay a lo largo de estas páginas, y merced a esas notas sostenidas de que antes hablara, como una queja ininterrumpida, amarga y tática, que nos da de Cortés su medida exacta. Distan esas cuartillas tanto de la apología entusiasta como del servilismo lacayuno de ciertas interpretaciones falsas. Nada de dioses extremeños con figura humana, ni de gestas y leyendas increíbles por fantásticas. No es camino pues, el desorbitar la hazaña, ni el crear una mitología extremeña con los primeros centauros de América. Estoy harto de ver cómo se prodiga y multiplica tal monserga y cómo anida en cabezas huera. No creo tampoco que nos favorezca, y, desde luego, estoy seguro que no necesitamos su concurso. Dadme un conquistador de carne y hueso y luego contadme sus hechos. Pero, sencillamente, sobriamente, sin aspavientos. Y si podéis, procurad que se oigan sus resuellos.

Esto, ni más ni menos, es lo que ha hecho Romero Solano con el primer capitán de Méjico. Para ello, le apeó primero de su pedestal estatuario, le hizo andar y nos contó sus pasos, en este caso marineros, pues el trabajo está limitado, de intento, a reunir toda la documentación referente a su expedición a las Molucas, que existe en los archivos de Méjico. Como digo más arriba, el objetivo se ha cubierto, aunque, para nosotros—repetimos,—es lo de menos. Lo esencial es que Cortés, anda, piensa y sufre como cualquier extremeño, y que una honda amargura le traspasa el alma como cosecha bien ganada. En realidad no podía ser de otra forma, pues la zizaña de los celos y la envidia se enzarza hasta en las testas

coronadas. Acierto indudable es, pues, el habernos sabido dar, en pocas páginas, la dimensión cordial, cálida y exacta de una grande figura humana.

Con este libro rompe Romero Solano su primer lanza por los campos de la historiografía patria. Suficientemente preparado para ello, espero recibir de su pluma nuevos trabajos histórico-extremeños. Le sobra comprensión y cordura para tales intentos. También le rebosa la experiencia, por haber vivido mucho en poco tiempo. Cualidades son estas, que unidas a un cuidado léxico, no defraudará, sin duda, la confianza que en él hemos puesto.

ANTONIO SANCHEZ PAREDES



CRÍTICA DE LA SEGURIDAD SOCIAL, por *Crescencio Rubio Sáez* (Cáceres, 1951).

Lo social es la diana hacia la que, desde los treinta y dos puntos de la rosa, disparan, no ya los que, por vocación u obligación, se dan al cultivo, ejercicio y propagación de la materia, sino pensadores, hombres de Estado y cuantos, al sentirse inquietados por los problemas de la hora actual, persiguen el modo de ofrecer soluciones.

Tan arraigado está el tema, que ya no extraña ver cómo en periódicos o revistas de ilustración gráfica, donde antes se escribían «ecos» o «notas» de sociedad, se escriba hoy «fiestas sociales», refiriéndose, claro está, a las del gran mundo, a las de la Sociedad—y con mayúscula—por antonomasia.

Por cierto que las tales fiestas, que habían caído en desuso, al tratar de volver ahora a su antiguo esplendor han sido atacadas duramente por algún órgano católico, que las condena porque—dice—«viene a causar (por su ostentación y vanidad) un daño muy íntimo a quienes se debaten en dificultades». Tema es para debatir ampliamente, ya que, en cierto modo, esas fiestas cumplen una función social. Si cada hombre está llamado a su quehacer, bueno será admitir que cumple un deber para con la sociedad quien, no teniendo otras ocupaciones más honrosas o provechosas, se dedica a gastar, aunque sea dispendiosamente, su fortuna. No es que hagamos una exaltación, ni siquiera lo justifiquemos, del procedimiento. Es que, sencillamente, nos parece más noble

y más generoso que el ejercicio de atesorar con usura y por malas artes.

Pero como no es esta la cuestión, ni el espacio nos permite digresiones sobre el particular, nos limitamos a dejar consignado el fenómeno de que lo social se haya alzado, siquiera sea para su enunciación, hasta zonas en las que mayores inquietudes causa.

Fenómeno, pues, de tan universal influjo, no podía escapar a quien, no ya sólo se supone espiritualmente encaminado a ello, sino que, incluso, la dedicación de su diario quehacer gira en torno a su poder de atracción. Nos referimos al señor Rubio Sáez, autor de *Crítica de la Seguridad Social* y, al par que ello, del Cuerpo Técnico del Ministerio de Trabajo.

El libro es deliberadamente breve en el texto para ser hondamente enjundioso en su contenido. Y hemos dicho deliberadamente, porque nos imaginamos a su autor haciendo verdaderos esfuerzos para no salirse de aquellos límites que imponía su punto originario. Porque, haberlo deseado, y con sólo dejar que, siquiera ligeramente, abandonase el campo filosófico para rozar la crónica, sus ciento cinco páginas hubieran muy bien traspuesto las trescientas. Pero su excesivo cuidado en que esto no ocurriera le ha hecho incluso prescindir de sus conocimientos de la actual legislación social, ya que, de haberse detenido en ella, hubiese perdido su sereno tono para, aun sin querer y evitando toda violencia, tener que entrar, forzosamente, en zona polémica, por comparación con aquellos sus postulados y los que de otros autores recoge.

Es, pues, el libro—de un estilo llano, limpio y conciso—sugridor más que concreto, pese a que pueda verse contradicción entre esto que afirmamos y la quizá demasiada insistencia en la mención de algunos conceptos. Porque esto responde a una forma dialéctica, usándolo como un *leit motiv* de su razonar.

La oportunidad de su publicación es obvia, porque ha coincidido con una Asamblea Internacional de la Seguridad Social y se ha adelantado, en cierto sentido, a la Instrucción de la Asamblea de los Metropolitanos españoles. Y en modo alguno quiere decir que esa oportunidad se señale como favor para asomarse a sus páginas, ya que ellas recogen algo tan permanentemente como, entre otras cosas, el trabajo como suprema dignidad del hombre. Y nótese la evolución en el concepto de aquél. En nuestras comedias de costumbres, apenas un señorito se presumía que

dejaba de serlo, bastaba señalarle la necesidad de trabajar para que se ennobleciese inmediatamente expresando su repulsa; hoy, incluso aquellos que se hallan seguros de no tener menoscabada su dignidad, no la hacen incompatible, sino que tratan de acrecentarla y ennoblecerla más llegando hasta el trabajo. Permanencia y concepto que, si no se estudian al detalle, se sugieren, con otras variantes de lo social, en el libro que comentamos.

CÁSTULO CARRASCO



CONDUCTORES DEL MUNDO, por *Carlos Callejo y Julio Ganzo* (Madrid. Colección Crisol, 1951).

No pocos años de callada y perseverante labor ha debido necesitar don Carlos Callejo, cuya firma es demasiado conocida de nuestros lectores, para la elaboración de esta cronología universal que con él firma Julio Ganzo, coautor incorporado a la tarea no sólo para esta obra sino, que sepamos, para alguna más, cual un tratado de ajedrez hace poco aparecido.

Lo que comenzó siendo—se dice en la advertencia preliminar—un vademécum de uso particular ha terminado por convertirse en formulario histórico completo, que habrá de ser de una indudable utilidad para los que se den a los estudios históricos, y un magnífico auxiliar para todo hombre de cultura que quiera concretar los períodos históricos de los cuales tenga siquiera sea vaga referencia.

Con una sucinta introducción en cada caso, se recogen, desde su comienzo, las distintas culturas que han existido, así como las dinastías tanto eclesiásticas como políticas, reseñándose quienes fueron los conductores de cada época, hasta poner por límite el año 1950, en que voluntariamente cierran su enumeración los autores.

Trabajo éste que no viene a completar lo que otros dijese, sino hecho precisamente por haber notado la falta del mismo y su apremiante necesidad, y donde no queda por recoger ningún Pontífice, emperador, rey, príncipe, gran duque, caudillo, duce, presidente de República, sumo sacerdote, hechicero, adalid, dictador, etc. Utilísimo en todo caso y obligadamente necesario para estudiosos e historiadores.

C. C.

DICCIONARIO HUMORISTICO, por *Ambrosio el de la Carabina*, (Plasencia, 1951).

Este «Auxiliar de la Gramática Parda», que ha reeditado Sánchez Rodrigo, trae algunas locuciones más que la primera edición, y es obra que podrá irse aumentando si sigue teniendo el favor del público en ediciones futuras. No sólo porque el número de vocablos que pueda definirse humorísticamente sea grande, sino porque esta obra viene a poner una sonrisa entre los graves e inquietantes problemas que agobian al mundo de hoy.

Podrá aumentarse, y podrá corregirse, para que no le falte ninguno de los tópicos del caso, apenas el autor se decida a pulir algunas definiciones enrevesadas por tal vez demasiado cargadas de intención, y se detenga a dar un tono parigual a todas ellas; ya que mientras que unas resultan de un fino humorismo otras están cargadas de sal gorda y son excesivamente extensas. La brevedad, al par que ironía, da mayor gracia.

Pero, de cualquier manera, el tomito cumple su misión de arrancarnos una regocijada sonrisa.

C. C.



ANSIA EN VIDA, de *Mario Angel Marrodán*, Col. Halcón.

Mario Angel Marrodán, nació en 1932 y ya se nos presenta con un libro de poesía. Nos parece casi imposible que haya alguien nacido hace apenas dieciocho años—«Ansia en vida» fué publicado en 1950—y se nos define con un libro lleno de preocupaciones, con un libro lleno de anhelo a rebosar de ansias por tocar en la entraña de las cosas. Parece como si todo se le quisiese ir, como si todo se le escapase como «angustias liberadas» que nadasen en su alma tan pronto abismos como resplandores, cimas, cánticos. Esta intranquilidad nos confunde un tanto al leer este libro que muchas veces se pierde o en lo cerebral o en lo poco o mal cuidado verso. Quizás porque este libro, «Ansia en vida», esté lleno de murmullos y se deje escuchar misterioso o secreto, como todo lo balbuciente o indefinido o poco cuidado, sintácticamente.

Si Mario Angel Marrodán se definiese por la vía cordial, es decir, del corazón, ganaría, a no dudar, en su expresión,

bastante más que no por el camino de lo cerebral, lógico o problemático. Su intranquilidad, que es intranquilidad de casi todos los poetas del día, es el hombre. En Mario Angel Marrodán se encuentra un hombre sin experiencia; sin embargo, cuando habla de la vida, del amor, del amanecer entonces sí, entonces su voz es más clara y diáfana, se le escucha más en serio, nos llega mejor, nos agrada.

Mario Angel Marrodán, tenemos que consignarlo aquí con honradez. es poeta, y si se depura en su próxima obra será un gran poeta porque tiene grandes cualidades para ello, es interesante, es pasional—quizá esta cualidad suya la ignore,—es inquietante y es amplio en la concepción de la idea. Yo le repito aquí, lo que antes le dije ya, que sea siempre sincero, por elegancia sencillo y sobre todo que deje hablar a su corazón que me consta lo tiene deseando florecer plenamente en sus poemas. Que le oigamos cosas como esta de su poesía, «Canto del amanecer».

«Oh cántico, victoria! El alba amaneció, el alba de mi vida».

Jesús DELGADO



A NUESTROS COLABORADORES

Rogamos a todos cuantos nos honran con su colaboración, que envíen sus trabajos firmados.

No basta con que indiquen al pie de ellos y en la última cuartilla, pero a máquina, el nombre y apellidos. Es absolutamente necesario, para estar dentro de la legislación que rige en la materia, que vengan firmados de puño y letra del autor.

La falta de observancia de cuanto antecede nos impondría la tarea de devolver los originales recibidos, para que en cada uno se estampara la firma del colaborador y habrán de reconocer éstos el tiempo que perderíamos, cuando tan fácil es que se nos complazca en cosa tan razonable y obligada.

NOTAS BREVES

DE DENTRO Y DE FUERA

✻ Ha sido adjudicado a Victoriano Crémez Alonso, director de la revista leonesa «Espadaña», el Premio «Boscán» de Poesía 1951, por su libro «Nuevos cantos de vida y esperanza». En la votación le siguió el libro de Rafael Santos Torroella, «Sombra infiel».

✻ Con motivo de cumplir ocho años, de publicación poética ininterrumpida, la Colección «Adonais», se ha celebrado en el teatro Lara una fiesta-homenaje organizada por las «Alforjas para la Poesía». Intervinieron Juan Antonio Medrano, que ofreció el homenaje; José Luis Cano, director de «Adonais», que actuó de pregonero y los poetas Carmen Conde, Juana García Noreña, Mercedes Saenz Alonso, José García Nieto, Carlos Bousoño, Ramón de Garciasol, Rafael Morales, Rafael Montesinos y Leopoldo de Luis.

✻ El Premio Internacional de Novela, creado por el editor José Janés para primeras novelas, ha sido concedido a la escritora francesa Genevieve Gennari, por «Les Cousines Miller» y a Crist Markker, por «Le coeur net». Estos premios corresponden a 1949. A Ildefonso Manuel Gil, por su novela «La moneda en el suelo» le ha sido concedido, el de 1950. El Jurado estaba formado por Pío Baroja, Eugenio d'Ors, Leopoldo Panero, Bosch Barret y Fernando Gutiérrez.

✻ Sobre la cultura árabe y Aragón han de versar los trabajos que se presenten, antes del 31 de Diciembre de 1951. al premio, valorado en 4.000 pesetas, que ha convocado la Institución «Fernando el Católico».

✻ La revista «Índice» anuncia un curso de poesía breve.

✻ Julián Green ha obtenido el Premio Literario de Mónaco, que alcanza a un millón de francos.

✻ Se ha celebrado una exposición de pinturas y dibujos de José Luis Hidalgo, el poeta que escribió el libro más intenso de estos últimos años titulado «Los muer-

tos» y que no pudo ver impreso. El catálogo editado con motivo de esta exposición lleva una selección de sus poesías.

✻ Ha estado en Madrid I. S. Eliot, dramaturgo y poeta británico.

✻ «La poesía no es conocimiento sino deslumbramiento». E. González Lanuza.

✻ «El poeta tiene que proceder sencillamente a la invención de cada palabra». E. González Lanuza.

✻ El Premio «Cervantes», de novela, creado por don Agustín Pujol ha sido otorgado a don Manuel Pombo Angulo por su novela «Valle sombrío». Quedaron finalistas, Foxá y García Serrano, con el premiado.

✻ Ha salido el primer número de la revista «Ambito», de Gerona. Parece ser que dicha revista quiere editar una colección de libros de poesía. Los directores de «Ambito» son Pinillas y López Gorgé.

✻ Tres exposiciones sobre arte primitivo de Oceanía han tenido lugar casi simultáneamente en París.

✻ Ha visitado España A. Couger Goodyear, presidente y fundador, en Nueva York, del Museo de Arte Moderno.

✻ A Rubington ha sido concedido, en los Estados Unidos, el Premio Roma.

✻ Han sido convocados los Concursos Nacionales para 1951. Los temas son, para escultura, pintura y grabado, libre. Literatura: colección de cuentos infantiles inéditos. Música: trío para piano, violoncello y arpa; y Arquitectura: construcción para que una orquesta o banda celebre conciertos al aire libre en plaza o paseo de una ciudad española.

✻ Por lo visto, la Sociedad Protectora de Animales, de Washington, ha protestado ante Hollywood contra los dibu-